

CUENTOS

El Suroeste *

Se recibió de abogado en un banquete. Os contaré cómo sucedió.

La invitación, profusamente repartida, anunciaba una "comida en honor de nuestro amigo Luis Fernández Barriobajo, con motivo de la brillante terminación de sus estudios universitarios".

Al entregarme la tarjeta, me ordenó el patrón:

— Dan una comida al hijo de Juan Fernández. Tendrá usted que ir en representación de la casa.

Juan Fernández era dueño del almacén "El Peninsular", el mejor surtido de la calle Boedo. Nos compraba por año centenares de cajones de aceites, conservas y vinos españoles. Existían poderosas razones para que yo participara del homenaje, aun sin tener el gusto de conocer al beneficiario, ni a ninguna de las ochenta y tantas personas cuyos nombres, impresos en cuerpo siete, ennegrecían la mitad inferior de la tarjeta.

Exhumé el traje negro del casamiento y lo hice rejuvenecer por un tintorero japonés, verdadero artista de la plancha. Mi aspecto era de severa distinción cuando me constituí en el restaurant a las ocho y media de la noche, hora señalada en la invitación.

Nadie había llegado todavía. Abrí el diario de la noche y me enfrasqué en las cotizaciones de los mercados extranjeros.

* Gómez Maña, Román, *En la trastienda de Themis. Relatos de la vida judicial*, B. A., 1931. "Lecciones y Ensayos" agradece al doctor Horacio Sanguinetti su colaboración y su buen humor.

Una hora después, ya agotado el periódico, mi soledad continuaba. Decidí compartirla con un vermouth.

Al filo de las diez, se oyó una algarabía en la escalera de acceso y una veintena de personas invadió el salón. Prodióse un largo momento de confusión que por fin logró dominar el fotógrafo. Cuando se disipó el humo del magnesio, ya todos estábamos sentados a la mesa.

Los mozos comenzaban a servir el fiambre especial con ensalada rusa. Recorrí con mirada escrutadora los rostros que orillaban el mantel. Ni uno conocido. Aquel joven de la cabecera, que sonreía a todo el mundo a riesgo de que se le despegara el bigotito, debía ser el homenajeado. Reinaba poco entusiasmo en el ambiente. Apenas una que otra broma saltaba de un extremo de la mesa y se perdía en el techo sin despertar ningún eco. Estudié de reojo a mis más próximos vecinos. El de la izquierda, un muchacho adiposo e inexpresivo, engullía con justificado apetito tajadas de pan con manteca. El de la derecha era un mocito enjuto y pálido, rubio hasta la exageración. Se agitaba nerviosamente en la silla, y de continuo debía rectificar la posición de sus enormes gafas armadas en carey, que abarcaban la mitad de su rostro. De pronto enfocó hacia mí su instrumento óptico para preguntarme:

— ¿No es usted la persona que encontramos aquí al llegar?

— Sí señor. Estoy desde las ocho y media.

— ¡Je, je! Ya definió Oscar Wilde al hombre puntual, diciendo que es el que tiene siempre que esperar a los demás. Lo ocurrido es bien comprensible. Nos citamos en una confitería; éramos cuarenta los apalabrados. Y ya ve usted: a fuerza de llamados telefónicos nos hemos reunido dieciocho. Es lo usual en estos casos. Con usted somos diecinueve los admiradores de Fernández Barriobajo... ¡Je, je! ¿Usted es muy amigo de él?

— Lo veo por primera vez —le contesté—, relatándole en forma sucinta los motivos puramente comerciales que me habían llevado a la mesa del homenaje.

— ¡Me alegro, hombre, me alegro! Tendré oportunidad de informarle acerca de algunas cosas que es útil escuchar... ¿Conoce usted a este grave personaje que se sienta a la diestra del obsequiado? ¡Claro que no lo conoce! Si fuera usted estudiante, sabría que es el doctor Camándula, profesor en la facultad y decano hasta hace poco. Nosotros lo hemos apoyado en el último conflicto.

— ¡Y quiénes son ustedes?—inquirí.

— El "Comité pro orden universitario". Constituimos una minoría, pero una minoría selecta. ¡Como que casi todos somos hijos de profesores!... Sosteníamos nosotros, en contra de los huelguistas, que para elegir decano tiene más autoridad la tertulia del Jockey Club que la asamblea de alumnos. Ese es el fundamento doctrinario del Comité pro orden. Pero usted nunca lo habrá encontrado expuesto en términos tan sencillos, ¿verdad?... ¡Je, je!

— Entonces están ustedes en la derecha.

— En la extrema derecha, señor mío. Es una posición muy cómoda. Cuando alguno de nuestros adversarios des-cuella, lo acusamos de estar vendido al oro de los soviets, y a otra cosa. ¡Si usted supiera qué ameno es todo esto! Yo me divierto muchísimo. Lo que no me explico es por qué razón me acusan de derrotismo mis compañeros.

— Fernández Barriobajo será del mismo comité...

— Es el presidente. Él es presidente en todas partes. Centros políticos, estudiantiles, culturales y recreativos lo tienen en la primera magistratura. Hay en Luisito mucha vocación para el cargo.

— Es una especie de menseur, por lo visto...—aventuré.

— De eso está persuadido. En realidad no hay tal cosa. Si la amistad no me obligara a callar, diría que se trata más bien de un enfermo de soberbia, de un hipervanidoso, amigo de mandar pero que no sabe obedecer. Y el arte de un conductor de hombres finca en adivinar la inconsciente voz de mando de los conducidos, y obedecerla. Sólo con mucha intuición y con mucha perspicacia se puede ser un menseur... Lo digo con profunda pena, pues aprecio mucho a Luisito.

El mozo se interpuso entre nosotros, sirviendo la crème de riz.

Mi compañero chapaleó con la cuchara en el plato, e hizo un chiste acerca de la consistencia mucilaginoso del manjar. El chascarrillo tuvo éxito, pues recorrió la mesa provocando hilaridad general.

El doctor Camándula creyó oportuno adherirse con una benévola sonrisa. Tan sólo permaneció impassible un señor calvo y obeso, que no abrió la boca más que para llenarla inmediatamente de sustancias sólidas o líquidas. Estaba ubicado a la izquierda del obsequiado, haciendo pendant con el doctor Camándula.

— Me tiene intrigado ese señor —dijo a mi vecino—. Su seriedad es químicamente pura, como el negro de sus mostachos. ¿Quién es?

— Es el diputado Lesot, uno de los ases del Partido Federalista. Fernández Barriobajo actúa en el mismo conglomerao. Preside el "Centro Cultural y Biblioteca Doctor Pedro Lesot", donde se juega al monte los lunes y jueves, sin otro propósito que el de estimular el espíritu cívico. Si es usted aficionado, tendré sumo gusto en acompañarlo.

Rehusé la gentil invitación, aduciendo que un empleado comercial de mi jerarquía no podía concurrir a tales lugares.

— ¿De qué se ha recibido Barriobajo? —inquirí—. ¿De abogado?

— ¡No! De procurador universitario. Él comenzó por estudiar abogacía, pero ha terminado por hacerse procurador. El título que hoy festejamos es un aborto. O un siete-mesino, si usted prefiere... ¡Je, je!

Los mozos distribuían el filet de brótola.

Yo no estaba muy fuerte en cuestiones universitarias. Debí solicitar a mi vecino que aclarara sus palabras.

— En teoría —me explicó—, la diferencia entre un abogado y un procurador es la misma que existe entre el médico y el enfermero que pone las inyecciones. La procuración es una carrera relativamente nueva. Se ha creado con el pretexto de dignificar esa calumniada profesión, y de reprimir el avenegrismo. Lo que se persigue, realmente, es que los procuradores sepan algo de leyes, para prevenir en lo posible los yerros en que suelen incurrir los letrados que confecciona la misma fábrica. He de recordar a usted, para proseguir el símil, que un "gallego" del anfiteatro de Medicina es capaz de investigar la carótida con mucha más precisión y limpieza que un médico de nuevo cuño... También en el tribunal suele ocurrir que los letrados novatos no sepan manejar el escalpelo... En cuanto a la represión del avenegrismo, que se dice buscar mediante los estudios de procuración, constituye una incongruencia de a puño; puesto que existen los hombres con alma de avenegras, lo prudente sería no entregarles nuevas armas, no enseñarles los intrínquilis del derecho, las anagazas del procedimiento y los tiquismiquis de la interpretación.

Se llevó a los labios la copa de Sauternes.

— Está bueno este vino —dijo—. Aunque quizá demasiado fresco. Lo habrán preparado de intento. Está a punto con el obsequiado. ¡Je, je!...

— Parece que usted no quiere mucho a Barriobajo —le insinué—.

— ¡Todo lo contrario, señor! Lo estimo mucho. Somos grandes amigos. Como que estudiamos juntos desde el Nacional... Pero todavía no le he dicho cómo se recibió de procurador. ¡Le interesa saberlo?... Pues bien. Fernández Barriobajo es un muchacho estudioso e inteligentísimo. Créalo, señor. El cariño no empaña mi ecuanimidad. Es una verdad demostrada: Luisito es talentoso por los cuatro costados. Pero ¡qué quiere usted!... no consiguió aprobar el primer curso de civil. ¡Y eso que se presentó tres veces a rendir!... Yo presencié su último examen. Le tocó "Capacidad". El profesor se caló los lentes, miró el programa con la atención de quien busca una falta de ortografía, y pidió con voz meliflua: "Capacidad de hecho y de derecho. Exponga". Fernández tosió dos veces, se contoneó en la silla y recogió un poco los pantalones. Comenzó el match. En la primera vuelta Luisito logró acreditarse algunos puntos. El adversario se limitaba a estudiar su estilo; pero de pronto cerró la guardia, y entró a su vez con un buen golpe: "A ver qué dice la nota". Luisito paró bien y contestó. Se produjo un breve clinch. El estudiante salió bastante airoso, y ya se dispóna a colocar una serie de impactos, cuando el profesor contuvo su arremetida: "A ver qué dice Freitas". Fue un excelente directo, amigo mío. Barriobajo vaciló y por un momento abandonó la guardia; pero reaccionó enseguida, y de nuevo entró en clinch. El cuerpo a cuerpo fue esta vez favorable al profesor. Fernández Barriobajo perdía potencia a ojos vista: estaba casi groggy. El examinador ganaba la pelea por holgado margen de puntos, pero buscó la decisión violenta, mediante un formidable uno-dos que alcanzó plenamente a su contendor: "A ver qué dicen los Códigos francés y alemán"... Terminó el combate por knock out de Luisito en el cuarto round... El resultado fue correcto y proporcionado al desarrollo de las acciones. Sin embargo, Fernández sostiene todavía que fue víctima de un golpe bajo... ¡Je, je!

— ¿Y ese examen es el que hoy celebramos?

— En cierto modo, sí. Pues a raíz de ese examen, Barriobajo mandó al demonio la abogacía y cursó procuración. Esta carrera consta de cinco materias elementales. Y como él es muy estudioso y muy inteligente (creo habersele manifestado) aprobó las cinco con la nota mínima... ¡Je, je!

El rubio se acomodó las gafas, que pugnaban por acercarse con la punta de su nariz. Se volvió hacia mí, riendo todavía.

Servían los mozos el dindoneau rôti con ensalada, obligándonos a un silencio expectante. Eché una ojeada a los comensales. No se había roto el hielo todavía. Se conversaba, se reía algo más, pero quedaba un resto de frialdad no desvanecida. Lo achaqué a la presencia del diputado Lesot, que producía seriedad por acción catalítica.

— Hay algo que no entiendo —dije a mi vecino, que atacaba con denuedo una pata del pavo—. A juzgar por sus palabras, este banquete debe reputarse un homenaje excesivo para los méritos de Fernández Barriobajo.

— ¡Nada de eso, mi estimado señor! Fernández Barriobajo ha ganado un diploma, y es digno por muchos conceptos de la comida que le ofrecemos.

— Además, el número de personas que rodean la mesa permite sospechar que las amistades de su amigo no son muy vastas.

— Nuevo error suyo. Luisito tiene mucho arrastré. Lo que ocurre es que el cubierto es muy caro para el bolsillo de los muchachos. Pero Luisito quería una comida en forma, como corresponde a un individuo de tantas presidencias. En una bottiglieria, a cinco pesos por barba, veríamos fácilmente a treinta estudiantes alrededor de la mesa. Pero faltarían el doctor Camándula y el diputado Lesot, que es lo que deseábamos demostrar. ¿Comprende usted?

— Eso significa que Fernández Barriobajo cultiva la parada.

— Ha puesto usted el dedo en la llaga. Valdría la pena que usted lo viera llegar a tribunales cualquier tarde; comprobaría entonces hasta qué punto es exacta su hipótesis. Camina tan tieso que los ascensoristas le tienen miedo, tomándolo por algún personaje influyente. Usa un bastón magnífico, y unas galeras como no han de verse en Trafalgar Square. Y a la hora de audiencia lleva un habano espectacular, que es como el sexto dedo de su mano, enguantada en cabritilla del mismo tono... ¡Una parada deslumbrante, mi querido señor!

Estábamos en plena ingestión del pavo. Aproveché la coyuntura para ponerme a tono con mi interlocutor, diciéndole:

— Esta gallinácea parece una delicada alusión al obsequiado.

— ¡No diga eso! —replicó con sonrisa seráfica—. ¡No sea malévolo!... Límitese a pensarlo... ¡Je, je!... Me ha dicho usted que conoce al padre de Fernández Barriobajo.

— Sí, lo conozco. Es una buena persona.

— Y una inteligente persona. Todo lo que ha alcanzado Luisito se lo debe a su padre.

— ¿Cómo así?

— Su padre lo ha encaminado. No solamente le dio estudios, sino también excelentes consejos. Es un hombre iletrado pero sagaz, que exuda sentido práctico por todos sus poros. Desde pequeñín, Luisito le ha escuchado decir: "Hijo mío, para triunfar en este país hay que ser judío o católico militante. Ya que nunca podrás ser lo primero, trata de llegar a lo segundo"... Interesante el viejo, ¿verdad?

— Muy interesante. ¿Y el hijo siguió el consejo?

— ¡Lo siguió por partida doble! Se hizo católico militante y acaba de abrir estudio en sociedad con un judío. Se han acogido a la protección de las dos únicas sectas bien organizadas con que cuenta el país. Prosperarán, no hay duda. Ya tienen en trámite la testamentaria de un santón y un fuerte cobro hipotecario de un israelita.

El mozo que retiraba los platos nos hizo callar. La simpatía de Fernández Barriobajo, a través de mi compañero de mesa, me interesaba. Mi patrón hubiera dado algo por oírlo.

— ¿Y vale intelectualmente Fernández Barriobajo? —torcé a preguntar—.

— Me hace usted una pregunta difícil —contestó con seriedad—. Si elogio a Luisito como merece, creerá usted que me inspiran la amistad y el cariño. Y no hay tal. Yo soy equitativo y justiciero. Y afirmo con entera convicción que Fernández Barriobajo vale mucho intelectualmente... Debo advertirle que mi opinión no es compartida por el profesor de derecho civil, ni por el de penal, ni por el de finanzas, quienes por motivos personales piensan como su colega el civilista... Mas no cabe inferir suposiciones erróneas de esos reprobados, que a lo sumo demostrarían escasa disposición para las disciplinas jurídicas. Es en otras actividades donde Luisito descuella. En la oratoria, por ejemplo. La oratoria es el fuerte de Fernández Barriobajo: la oratoria y las presidencias... ¡Je, je! Su palabra goza de gran reputación en los círculos estudiantiles, políticos y confesionales. Y con razón. Se necesita un gran talento para perorar una hora larga sin aportar una sola idea. ¡Je, je!...

El lomito con champignons estaba muy comestible. Mientras hincaba el tenedor en la vianda, le dije:

— Ya veo que su juicio sobre Fernández es ecuánime.

— ¡Cómo no ha de serlo! Somos grandes camaradas, lo quiere entrañablemente, pero me olvido de todo eso cuando propalo a los cuatro vientos que Luis Fernández Barriobajo es toda una intelectualidad!... Sólo dos reparillos cabe formular a su formación cultural: el primero, que admire tanto a Ortega y Gasset; el segundo, que no haya leído a Ortega y Gasset... ¡Je, je!

Bebió un sorbo de Chianti y seguimos comiendo.

A esta altura de mi diálogo el ambiente del salón se había tornado algo más bullanguero. Los muchachos cruzaban bromas con más libertad, y hasta hubo quien por lo bajo hizo alusión al bigote teñido del diputado Lesot.

Los mozos comenzaban a distribuir los platos de postre. Un gâteau Mont Blanc fue repartido en tantos copes de nieve como personas.

Aparecieron luego las botellas de champagne. Las copas se colmaron hasta los bordes, y la inminencia de los discursos acongojó mi corazón.

Con gran asombro de mi parte, el rubio se puso en pie y expuso:

“Señores: En nombre del Comité pro-orden universitario me honro en ofrecer esta demostración a nuestro digno presidente. Soy el más humilde de cuantos militan en esa hermosa falange de estudiantes, inspirados por los más puros ideales y propósitos. Pero soy el más autorizado para dirigir estas palabras, no por mis escasos méritos, sino porque al lado de Luis Fernández Barriobajo he recorrido el más hermoso trecho del camino de mi vida. (Murmullos de aprobación.) Señores: No he de referiros ahora las relevantes cualidades personales que adornan a nuestro obsequiado, las que callo por demasiado conocidas y por demasiado valoradas. No he de narraros los notorios éxitos que ha obtenido en nuestra casa, en nuestra querida Facultad, y que culminan en un diploma que es limpia ejecutoria de su inteligencia y aprovechamiento. No he de hablaros de su profunda versación en la difícil ciencia jurídica, ni de sus innegables dotes de orador, ni de sus hermosas prendas de carácter, ni del denuedo y honradez con que defiende sus convicciones religiosas, convicciones que no comparto pero que soy el primero en respetar, porque las sé desinteresadas y sinceras. (Nuevos murmullos aprobatorios.) Baste decir,

en obsequio a la brevedad, que en Luis Fernández Barriobajo se hermanan providencialmente el hombre de ciencia con el hombre de acción, el estudioso con el luchador... (Más murmullos. Un ¡Bravo! aislado.) ¡Coincidencia verdaderamente milagrosa, que sólo es dable encontrar en las cumbres de la humanidad! Y si hoy, venciendo su natural modestia, hemos tendido estos manteles en honor de nuestro amigo, aprovechemos la ocasión para inspirarnos en su viviente ejemplo, tan pródigo en sugerencias para nosotros los estudiantes. Señores: al alzar mi copa hasta la altura de mi corazón, brindo por la prosperidad y ventura de Luis Fernández Barriobajo. Nada más". (Largos y cálidos aplausos. Estrecho abrazo entre obsequiado y orador.)

Se sentó el rubio. Mi sorpresa había ido creciendo durante su discurso y tenía urgencia en pedir una explicación.

— No se asuste, señor —me dijo—. Lo mismo me da blanco que negro. Yo soy un escéptico, pero un escéptico dinámico. La cosa es pasar el rato...

Apareció un nuevo orador en el otro extremo de la mesa. Con palabra trabajosa, comenzó:

"Traigo a este acto la honrosa representación del Centro Cultural y Deportivo 'Patria y Orden', afiliado al partido Federalista, y que preside el doctor Luis Fernández Barriobajo..."

— ¡Los procuradores tienen tratamiento de doctor? —pregunté en voz baja a mi vecino.

— ¡Cállese, que esto está muy bueno! —susurró el otro, que escuchaba atentamente.

— "...El foro argentino —proseguía el orador— se enriquece hoy con este nuevo letrado, que sabrá luchar por el triunfo de la verdad y del derecho".

— Aquí hay un *quid pro quo* que —volví a murmurar.

Me contuvo con una seña de silencio, sin dejar de atender al discurso. Este continuó largo rato, con gran derroche de adjetivos ditiámicos.

Un nuevo disertante se irguió luego. Ya no recuerdo a quiénes representaba, pero sí que insistió en llamar "doctor" al obsequiado y en ensalzar al flamante abogado aparecido en la palestra tribunalicia.

No había duda. Decididamente el hijo de Juan Fernández se había recibido de abogado, lo que dejaba muy malparada la seriedad de las informaciones suministradas por mi solícito compañero de mesa.

Mi convicción se arraigó cuando Fernández Barriobajo se puso en pie para agradecer. Refirióse en extensas parrafadas a sus "largas vigiliass de estudio" y a su "acendrado amor por la ciencia que ilustraron Ihering y Savigny, Demolombe y Camándula"; juró, con la mano puesta sobre los restos del postre, que "al iniciarse en la vida profesional contrada la responsabilidad de luchar contra toda jurisprudencia que reputara errónea o nociva, primer deber de todo juriconsulto, al decir de Esmein".

Mientras tomábamos el café, el rubio intentó explicarse.

— No sé qué ha pasado. Esa gente está mal informada, o magnífica de intento el diploma de Barriobajo. Así les resultaba más fácil componer el discurso. ¿No cree usted? A mayores méritos del personaje, menor esfuerzo para el apologista. Claro que nadie ha de osar en este momento deshacer el equívoco. ¡Y menos Luisito!... Pero en cuanto termine la comida lo convenceré de que Luisito es procurador solamente. Me interesa restablecer la verdad histórica.

— Espero su demostración —respondí desabridamente—. Mientras tanto, tengo derecho para opinar que usted ha querido burlarse de mí.

Cuando nos hubimos levantado de la mesa, me dirigí en un aparte a Fernández Barriobajo, para presentarle mis respetos y felicitaciones en nombre de la casa. Quedó el hombre muy complacido y retribuyó con largueza mis atenciones, refiriéndose a la noble misión que cumplía nuestra empresa, "que contribuye al estrechamiento de los vínculos comerciales con la madre patria".

En estas razones estábamos cuando apareció junto a nosotros el rubio de los anteojos de carey.

— Che, Luisito —le espetó a boca de jarro—. ¿De qué te has recibido vos? ¿De abogado o de procurador?

— De abogado, hombre, de abogado —contestó precipitadamente Fernández, al tiempo que le señalaba mi presencia con una mirada significativa.

— Pues yo creía que era de procurador... —prosiguió el rubio, imperturbable y despiadado.

— ¡No seas pesado!... Estoy hablando con el señor de cosas importantes. ¡Podrías ser más educado!...

Le dijo esto en tono furibundo, y para condenarlo a discreción perpetua le dirigió un pisotón que por lamentable error de puntería vino a estrellarse contra uno de mis pies.

De tal manera quedó restablecida la verdad histórica. La prueba aportada por el rubio me pareció fehaciente, aunque algo dolorosa. Pero nunca se llega a la verdad sin sufrimiento.

Y así fue como Luis Fernández Barriobajo se recibió de abogado en un banquete.

1) En una Facultad de Derecho del Sur de América eran populares dos profesores por el significado contradictorio que atribuían a un pobre articulo de la ley de marcas y patentes. Lo interpretaba el uno por el espíritu y el otro por la letra. Cada cual se preciaba de la sagacidad de su lectura y acusaba con vehemencia al adversario de miopía jurídica.

Todos los estudiantes del claustro sabían que aquel artículo no era uno, sino dos; y hasta el más bruto, si quería ser un bruto doctorado, memorizaba con paciencia cada una de sus versiones. Ambos juristas derivaban de aquella disputa una sensación de importancia que no les cabía dentro del traje.

Un día, furtivamente, el Congreso Nacional derogó la norma. Conocido el hecho los académicos lograron su primer acuerdo, y hasta fueron velados juntos en el Aula Magna.

V.E.A.C

2) En un Juzgado de Paz de la Capital llamaron a audiencia de testigos por un accidente de tránsito. El demandado, inocente, confiaba en la astucia de su letrada. El actor, por el contrario, sólo se tranquilizó cuando logró comprar un buen testigo.

Iniciado el interrogatorio el deponente exhibía su profesionalidad: "que lo vi cruzar en rojo"; "que iba a excesiva velocidad"; "que lo chocó de atrás"; "que no tenía registro"; "que estaba alcohólico". Llegadas las repreguntas la abogada del demandado lo inquirió:

— Para que diga si sabe y cómo le consta que el accionado vestía uniforme de granadero.

— ...dijo el testigo, y casi marcha preso.

V.E.A.C